

Emir y la academia

Enrico Mario Santí

ACADEMIC:

- 1) Of, or relating to, or associated with, an academy or school especially of higher learning..
- 2) having no practical or useful significance.

Merriam Webster's Dictionary

La primera vez que vi al profesor Emir Rodríguez Monegal fue una tarde de agosto de 1972 en New Haven, Connecticut, en el campus de la Universidad de Yale. Yo acababa de llegar a esa ciudad para ingresar en el programa de doctorado del Departamento de Español y Portugués, y, como era de rigor para todos los principiantes, tenía que encontrarme con el director de estudios graduados para planear mis cursos de primer semestre. Dos funciones, además de profesor, cumplía Emir en ese momento: era director del Departamento, o *chairman*, y director de Estudios graduados, supliendo al responsable correspondiente que hacía uso de licencia. Por tanto, me tocaba reunirme con él.

Nos citamos a la entrada del edificio 493 College Street, local del departamento en ese entonces. Caía una ligera llovizna cuando a lo lejos vi que por la acera se acercaba un señor alto y corpulento de pelo lacio muy negro portando una gabardina. Caminando en la llovizna cargaba en cada mano una pesada bolsa, que después comprobé llenaban libros. Tras torpes saludos, me pidió que le abriese la puerta y entramos a un inmueble todo de piedra, estilo neogótico cavernoso, y empezamos a subir las escaleras en fila india. El edificio estaba vacío. Al llegar al segundo piso nuestros resoplidos ya eran evidentes. Suspiré: “Parece que no nos dan dinero para un elevador”, a lo cual espetó: “No nos dan dinero, punto”. Fueron sus primeras palabras, o al menos las que más recuerdo. Revelaban lo que con el tiempo descubrí sobre Emir: su



relación con la Academia era discordante y crítica. Y por eso mismo, se volvió para mí un modelo importante en mi vida, como persona y como profesional.

Luego de escalar los cuatro o cinco pisos –aunque los sentí como ocho o diez– y llegamos al pseudoático que ocupaba varios despachos, baños y un salón de clase, por fin llegamos al fondo que ocupaba su oficina. Entrar allí fue como ingresar en la Cueva de Alí Babá, solo que el tesoro eran las hileras de apretujados libros y revistas. Pensé que me había llevado a un clóset y no a un despacho, pero enseguida, en medio del amontonamiento, vislumbré sillas y un escritorio. Me invitó a sentarme mientras él acomodaba como podía los dos bultos de libros que aumentarían las montañas interiores. Enseguida me di cuenta de la urbanidad del profesor, una elegante simpatía que demostraba el mundo que traía. Se trataba, en efecto, de algo más que un profesor –lo cual explica, paradójicamente, que no estuviese al tanto de mi expediente, o las razones por las cuales yo había venido a Yale, que no eran, por cierto, las de estudiar literatura latinoamericana con él de supervisor. En realidad, yo no tenía plan; acababa de licenciarme en literatura, pero mi título había sido en Inglés y Francés, mi interés era literatura comparada, y lo poco que sabía de castellano se reducía a los clásicos españoles. Sin embargo, ninguna de las predilecciones que manifesté en la conversación alteró para nada al profesor. La oficiosa burocracia se volvió diálogo, tan inesperado como ameno.



A medida que fui progresando en mis cuatro años de carrera, fui comprobando la diferencia entre Emir y los otros profesores del claustro, así como los chismes que corrían entre los estudiantes. Las clases con Emir, que a mí me encantaban, eran entretenidas, a veces hilarantes –informativas, pero no rigurosas–. Empezaban de manera prometedora y cautivante, con detallados diagramas de pizarra que demostraban que había meditado sobre el tema; pero en ocasiones se iban desinflando a medida que progresaba el semestre, debido, me imagino, al tiempo que le robaban sus muchas actividades profesionales fuera del departamento –lo digo como un hecho, no una excusa–, tal como las incesantes invitaciones a dar conferencias en otras universidades –eran los años del *Boom*–. Pero muchas veces después de cada seminario me solía quedar a conversar, y con frecuencia yo mismo lo llevaba en mi auto (Emir era impenitente peatón) a la estación de trenes de New Haven. En lo que sí se esmeraba Emir, por lo menos conmigo, era en discutir los trabajos escritos de fin de curso. En esas reuniones señalaba errores de estilo, consejos sobre cómo evitarlos, y *tips* profesionales sobre futuros proyectos. Ese generoso entrenamiento, unido a la apertura de su biblioteca personal, que en materia de literatura a veces superaba el decidido monstruo de la *Sterling Library*, fue único en mi experiencia de estudiante. En ese sentido, Emir fue más que un profesor: era un *coach*, un entrenador.

Fuera de clase, el contexto era muy distinto. Una principiante como yo me preguntó un día, con toda seriedad y evidente alarma: “Is it true he was a

CIA agent in Paraguay?”, ingenua inquisición que trasuntaba el *affaire Mundo Nuevo*, que la izquierda en EE.UU. seguía explotando y seguramente llegaba a oídos de los estudiantes de Yale. En otra vertiente, la personal, entre los profesores del departamento Emir era el único soltero; el único que hablaba portugués y francés a la perfección (el inglés lo hablaba con acento); iba y venía de Nueva York, donde compartía casa con la traductora y profesora Suzanne Jill Levine, que por su edad podía ser su hija; y su ritmo de producción, uno o dos libros al año, dejaba chiquitos a los demás. Todo eso escandalizaba a los burgueses del patio... Emir era además el único profesor que invitaba a escritores a hablar en el departamento –Borges, José Bianco, Ernesto Cardenal, Francisco Ayala, Octavio Paz, Haroldo de Campos, Cabrera Infante, Manuel Puig, José Donoso– invitaciones que los otros profesores, como buenos esnobs, desdénaban. Con colegas estudiantes recuerdo haber debatido si Emir era o no un periodista, que ellos tildaban como *critic*, o *popularizer*, y no el *scholar* que Dios manda. Esa impresión, o leyenda, también la abrigaba un puñado de profesores de otros departamentos, que a veces sonreían socarronamente cuando les decía que yo estudiaba con él. No poco de esa leyenda la deben haber alentado algunos colegas de su propio departamento. Un día, ya casi al recibirme, Emir me contó que el mismo año que llegó a Yale de jefe o *chairman*, se enteró de que un colega había organizado todo un simposio sobre el Modernismo, al cual había invitado media docena de especialistas. A él, en cambio –el mayor especialista en la obra de José Enrique Rodó y colega recién llegado– no lo había invitado. Emir optó por hacer la vista gorda. Pero a lo último del simposio de tres días el organizador lo llamó por teléfono y le pidió que diera la conferencia de cierre. Ni corto ni perezoso, lo aceptó sin decir ni pío: fue a la reunión y habló 45 minutos sobre Rodó y el Modernismo sin leer una sola línea.

No fue el único ni el más grave desaire. Emir era un sabio, en ambos sentidos de la palabra: conocía y sabía. Era un modelo de urbanidad, cosmopolita, hombre de mundo (amén de letras), con refinado don de gentes. Con todo y esa experiencia, su inseguridad dentro de la academia estadounidense (tal vez la Academia a secas) lo llevaba a buscar aliados, con preferencia americanos, nativos de la cultura en que ahora vivía, que le sirvieran de escudo, o enlace, a contextos, sobre todo el feroz administrativo, que él trataba de entender pero que no manejaba bien. Esa inseguridad se remontaba a su experiencia en Uruguay, que según se desprende de testimonios como el de Lisa Block, o de análisis como el de Hugo Fontana, cundió, primero, en colegas envidiosos, y más tarde en funcionarios fascistas.¹ Todo eso, y muy a pesar de sus otras virtudes, lo hacía sentirse vulnerable. Uno de esos candidatos a enlace, fuera de Yale, había sido nuestro querido amigo John Coleman, profesor de New York University; otro, dentro, el historiador Richard Morse, que fue el



1 Ver Lisa Block de Behar, en su prólogo a ERM, *Obra selecta*, Ayacucho, Caracas, 2000, y la novela de Hugo Fontana, *Los nombres propios*, Montevideo, 2021.

responsable de traer Emir a Yale. Pero ni Coleman ni Morse duraron mucho: Coleman no quiso entrar en Yale, y Morse, poco después de traer a Emir, se marchó a Stanford. Otros candidatos surgieron, también sin suerte, hasta que la probó con otro ambicioso joven profesor que atrajo al departamento. Pude comprobar de cerca el entusiasmo inicial que generó esa alianza – cursaba mi último año y escribía mi tesis – y me marché de Yale en el verano de 1976 confiado en que las cosas mejorarían. De hecho, antes de irme Emir me habló de traerme de vuelta como profesor asistente y de ayudarlo a fundar una revista que se llamaría *Yale Hispanic Studies*, paralela a la legendaria *Yale French Studies*. Pero ni una ni otra iniciativa tendría éxito. *Et pour cause...*

Un día, al año de haberme marchado de Yale y recién llegado a un nuevo puesto (era setiembre), recibí una llamada de Emir. Me sorprendió. Era tarde en la noche, y en la última carta suya me había dicho que estaría de sabático en Río. A mi sorpresa repuso que estaba de paso en New Haven, luego de una estadía en Suecia, adonde había ido a ver a su hija Georgina, recién liberada en Uruguay por una causa política y ahora exiliada. Me llamaba para contarme una cosa seria que había descubierto esa misma tarde.

Me contó que cuando se bajó del taxi que lo trajo al edificio donde vivía en New Haven, miró por casualidad a través de una vidriera que ocupaba el primer piso y daba a la calle. No pudo creer a sus ojos cuando a través del cristal vislumbró la insólita escena: sentados juntos vio al protegido que él había traído al departamento, y que él veía como enlace salvador, compartiendo tragos con Roberto Fernández Retamar. Mi lector debe comprender la resonancia de ese nombre: se trata del entonces máximo comisario cultural del castrismo, director de la revista *Casa de las Américas*, que años antes había combatido con todo el poder que le otorgaba la vertiente soviética de la Guerra Fría a la gestión de la revista *Mundo Nuevo*, entonces al mando de Emir. Autor del panfleto *Calibán* (1970) a raíz del célebre *Caso Padilla*, en él RFR había arremetido no solo contra Emir – a quien, por cierto, le endilgaba, cual avatar de *Ariel*, “pesantez profesoral” –, sino contra todo aquel que en ese momento oliese a crítico del castrismo, incluyendo a escritores como Carlos Fuentes y Severo Sarduy. Desde entonces, los ataques no habían cesado en lo que se convirtió en leyenda negra. Desde luego, el protegido no podía no saber con quién compartía tragos y lo que esa reunión significaría, de haberlo sabido, para su protector. Lo cierto es que un alarmado Emir me llamaba para compartir lo que él veía como íntima traición, justo a raíz de haber traído al protegido a Yale. Quería ponerme sobre aviso porque sabía que yo también era su amigo y lo mismo podría pasarme a mí.

Con el tiempo Emir también vio cómo se vino abajo su plan de protección: el guardaespaldas se volvió verdugo. Con frecuencia, cuando nos veíamos en reuniones profesionales o hablábamos por teléfono, Emir me relataba las crecientes trastadas del *antiguo* protegido, que lo hacían sentirse no

solo incómodo sino más vulnerable que antes. Fue entonces que empecé a comprender el origen tanto de la leyenda negra ideológica, que arrastraba desde los días de *Mundo Nuevo*, como de aquella otra leyenda, la profesional, que, cual campaña política, calumniaba, sobre todo en el aquelarre de la universidad estadounidense, toda la obra de Emir como obra de escritor – periodística, superficial, y por tanto de escaso interés o valor–. Una leyenda coadyuvaba, sostenía, a la otra. No era cuestión de negar la honrosa carrera de cualquier periodista, incluyendo la del propio Emir. (Periodistas ha habido célebres: José Martí, Rodó, Octavio Paz, o, no olvidemos, Alejo Carpentier). Solo que para que la calumnia tuviera éxito en el caso de Emir, había que reprimir la inmensa investigación, trabajo de verdadero *scholar*, que supuso escribir todas esas biografías de autores canónicos como Andrés Bello, Horacio Quiroga, Pablo Neruda o Borges, para no hablar de las obras completas de Rodó. Todo eso explica cómo, dentro de Yale, ya difunto Emir, aquellas miradas socarronas lanzadas toda vez que confesaba mi filiación, con el tiempo se volvieron abierta campaña iconoclasta. En un simposio que poco después de morir su colega el protegido organizó, proclamó que lo que se diría allí por los *scholars* invitados seguramente le haría revolcarse en su tumba. Entre tanto, el mismo personaje que denostaba a los periodistas fue dándose a conocer reseñando libros para el *New York Times*...

Dos lecciones derivó de esta historia. La primera, que detrás del mito dorado de prestigio y poder universitario, tan propio del *Ivy League*, que podría colegirse de la carrera de mi maestro Emir Rodríguez Monegal, bullía un dispositivo de angustia ante la incompreensión, envidia, y tal vez hasta racismo, de algunos colegas y administradores con los que le tocó vivir, y no solo dentro del departamento en el que impartía clases. Una vez me dijo una frase que grabé: “El *Ivy League* no te inmuniza contra la mediocridad”. Complemento de otra, más doliente: “Las peleas en la academia son más violentas porque hay muy poco que ganar”.

La otra lección es, a un tiempo, más íntima y universal: el escritor y el *scholar* no están reñidos. La interesada ficción de su diferencia, o discordia, la crea todo aquel que no es ni uno ni otro. Harold Bloom, otro maestro mío de Yale, insistía en que la mejor lectura o interpretación de un poema es otro poema. Emir, sin consultar a Bloom, pero sí a Borges, nos enseñó que debajo del texto siempre hay otro texto. Esas lecciones de *otredad*, que en realidad son versiones de humildad, amén de defensas de la literatura, son las que verdaderamente cuentan para los que nos dedicamos a estudiarla. Literatura, al fin, que es una de las maneras de conocer ese otro texto que llamamos Vida.

